

BUSCANDO AL REY EQUIVOCADO

Imagínese que sale por la mañana al trabajo, y por la tarde vuelve a su casa, para descubrir que su familia no lo reconoce... que para ellos usted es un extraño.

O imagínese que usted va a una reunión familiar, sólo para sorprenderse que ninguno de los allí presentes tiene la más mínima idea de quién es usted.

Esperemos que nada de esto llegue a sucederle. Pero a Jesús le sucedió.

“En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:10,11).

Otra versión de la Biblia lo rinde de esta manera:

“Aunque el mundo fue hecho por él, el mundo no le reconoció cuando vino. Aun en su propia tierra, entre su propia gente, no fue aceptado (*Nueva Traducción Viva*. El énfasis fue añadido).

Fue demasiado malo que el mundo no conociera a Jesús cuando vino a esta tierra. Después de todo, él era su Creador,

sea que lo reconocieran o no. Y vino a proveer salvación para el mundo.

Sí, ¡lástima que el mundo no lo reconociera! Pero lo más asombroso fue que los suyos también lo rechazaron.

Aun cuando Dios compartió con ellos por lo menos trescientas profecías específicas anunciándoles la llegada de Jesús, su pueblo lo rechazó.

Aun cuando las Escrituras eran claras acerca de cómo, dónde y cuándo vendría Jesús, su pueblo lo rechazó. Pero no todos, afortunadamente.

Notemos, una vez más: Desde el principio Dios ha tenido una cadena irrompible de seguidores suyos, quienes le conocen y son leales, le aman y confían en él, y desde el principio han constituido una minoría. Son los pocos que hallan y transitan por el camino angosto que conduce a la vida. La gran mayoría toma el camino fácil que conduce a la destrucción.

Algunos podrían pensar que si –cuando la historia de este mundo acabe– sólo unos cuantos son salvos y obtienen la vida eterna, mientras que la gran mayoría se pierde y son destruidos, entonces Satanás le ha ganado la batalla a Dios.

Es cierto que cuando el tiempo sobre la tierra se acabe y comience la eternidad, de los millones que han vivido en esta tierra, los salvados, en efecto, serán una minoría. Mas recuerde estas tres cosas:

1. La vida y la muerte salvífica de Jesús proveen salvación voluntaria para todos. “Él no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”

62 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

(2 Ped. 3:9. El énfasis es nuestro). Así, pues, Dios no escoge a algunos para ser salvos y a otros para que se pierdan. Cada persona, usando el libre albedrío que Dios le concedió en la Creación a cada hombre y a cada mujer... por fin, decidirán su propio destino.

2. El fin del Gran Conflicto entre el bien y el mal –entre Cristo y Satanás– no tendrá más lugar aquí. En la dramática confrontación final antes que Cristo venga, una vasta multitud se unirá a Cristo y a sus fieles seguidores. Algunos que están del lado del enemigo se unirán a Cristo. Otros, que han estado postergando su decisión, por fin la harán. No podemos decir que la minoría de los salvados será patéticamente un número muy reducido. Recordemos que Juan el revelador –al contemplar el Cielo– vio “una gran multitud, la cual ninguno podía contar, de todas las naciones, tribu, lengua y pueblo, de pie delante del trono y delante del Cordero vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos” (véase Apoc. 7:9. El énfasis fue añadido).
3. Finalmente, el profeta Isaías dice que cuando la gran controversia haya terminado, Jesús mismo “verá la labor de su alma y quedará satisfecho” (Isa. 53:11). El enorme sacrificio hecho por Jesús para salvar a hombres y mujeres, todo el dolor sufrido, y aun su misma muerte, realmente habrá valido la pena.

Así, pues, no debe preocuparnos que los leales seguidores de Jesús sean –y siempre han sido– pocos

en número. Por eso, cuando Jesús vino a esta tierra, en cumplimiento de las promesas y profecías, los que verdaderamente eran suyos fueron tan pocos que la Biblia con exactitud declara: “que los suyos –la nación que él había escogido para que lo representara aquí en la tierra– no le recibieron”.

¿Cómo pudo suceder esto?

Ojos que no ven y oídos que no oyen

Los judíos conocían las profecías. Dios se aseguró que ningún detalle respecto a la llegada de Cristo lo ignoraran. Pero toda una historia de incontables apostasías habían oscurecido el entendimiento de la nación escogida por Dios, especialmente el de sus líderes. Poseían ojos para poder leer, pero no veían con ellos; tenían oídos para escuchar a los profetas, pero eran sordos.

Dominados por el mismo espíritu que impulsó a Lucifer a exaltarse a sí mismo, fueron llenos de un irresistible deseo por llegar a ser una gran nación que pudiera dominar y controlar a todas las demás naciones. Pero la grandeza nacional que Dios quería que poseyeran era la del servicio, no el dominio mediante el poder militar. Sí, Israel creía en la venida del Mesías, pero había antepuesto a las profecías que hablaban de su venida, sus deseos preconcebidos. No deseaban –ni esperaban– a un Mesías que viniera revestido de pobreza y humildad, nacido en un establo y de padres tan pobres que no pudieran pagar el precio de una habitación en un mesón. No, ellos querían un rey conquistador, un líder

militar que los librara de la opresión de los odiados romanos.

Esperaban a un Mesías según su propia visión. Así, no se dieron cuenta de su arribo cuando éste vino al mundo.

Pero no sucedió así con todos.

Algunos descubrieron al Rey verdadero

A unos humildes pastores en el campo, un ángel se les apareció y les anunció el nacimiento de Cristo. Llenos de asombro, ellos fueron a ver al recién nacido Rey. También sabios reyes del oriente vieron de noche una magnificente estrella en el cielo, y siguiéndola hasta el mismo pesebre, encontraron al Salvador, y le adoraron.

Y a través de toda su vida en esta tierra, unos pocos creyentes leales siguieron a Jesús. Sus propios padres, Juan el Bautista, y muchos otros respondieron a su predicación. María, Marta y Lázaro y los doce discípulos se contaron entre los primeros. No pocos de corazones honestos en Israel que oyeron las enseñanzas de Jesús, que presenciaron sus milagros y se abrieron a la influencia del Espíritu Santo, también ocuparon su lugar en la cadena inquebrantable de fieles.

Y cuando la vida y el ministerio de Jesús cumplieron su propósito, un oscuro viernes, cargó una cruenta cruz. Por supuesto, no todos los que estaban entre la frenética multitud concordaban con su muerte. Simón de Cirene ayudó a cargar la cruz de Cristo, y sus pasos lo llevaron a ubicarse en el lado correcto de la verdad y la salvación. Un soldado romano escogió también de qué lado se ubicaría. En la cruz, junto a

él, un ladrón hizo la misma decisión: la hicieron muchos de la multitud que clamaba al pie de la cruz.

¿Quién puede saber, sino Dios mismo, cuántos hicieron su decisión a favor de Cristo durante su vida sobre esta tierra? Algún día lo sabremos y, sin duda, nos quedaremos asombrados de lo que descubriremos.

Cuando Jesús hubo terminado su misión en la Tierra, la Biblia dice que ascendió de nuevo al Cielo y se sentó a la diestra de Dios Padre. Pero antes de abandonar este mundo, él formó un Israel diferente. Esta vez, en lugar de escoger una nación en particular, abrió las puertas de este nuevo Israel espiritual a todos los que creyeran en él, invitando a cada hombre y mujer a seguirle.

Jesús estableció su iglesia, y sus seguidores llevarían su nombre. Serían conocidos en adelante como cristianos. Mediante su iglesia, Jesús extendería y aseguraría la cadena de fieles en el futuro. Su iglesia lo representaría desde su ascensión hasta su segunda venida.

La iglesia comenzó con gran éxito. Miles se convirtieron en un día. La verdad y el amor de Jesús se propagó sobre la tierra como el fuego. Pero, así como Israel, ella sufriría la oposición de Satanás. El error se infiltraría sutilmente en ella, y terminaría mezclándose con el mundo que la rodeaba. Se deslizaría hacia la apostasía, la idolatría y la herejía, hasta que nuevamente, sólo unos pocos fieles, se hallarían dentro de su seno.

Es posible entristecerse, y hasta deprimirse, al recordar la historia de Israel y ver cuán cortos quedaron ante el

asombroso propósito que Dios tenía para ellos. Sería sensato estudiar la historia del segundo Israel de Dios, su iglesia, y trazar sus repetidas separaciones del propósito de Dios para ella.

Pero subraye bien esto: En la hora más oscura –en lo más profundo de su apostasía– ha habido siempre, siempre los pocos fieles en Israel quienes “no han doblado sus rodillas ante Baal”. La historia de la iglesia prueba que en el tiempo de mayor corrupción, siempre han existido unos pocos fieles que han seguido a Jesús con una fe que no puede ser removida.

Vayamos ahora al nacimiento de la iglesia cristiana y sigamos su trayectoria en las primeras décadas. Descubriremos que pronto –poco después de ser fundada–, con el paso del tiempo, se desvía y cae en completa apostasía. Pero, en vez de lamentar la tragedia, celebraremos a los pocos fieles que se mantuvieron firmes del lado de lo correcto, y llegaron a ser nuestros ancestros espirituales. Ellos son los fuertes eslabones de la cadena inquebrantable de la cual nosotros aspiramos a formar parte.

Mientras lea estas líneas, la población mundial, que es aproximadamente de 6.5 mil millones de personas, se está alineando en un lado u otro en la gran controversia. Por su activismo o pasividad una gran mayoría –y eso es lo trágico– está ubicándose en el lado equivocado. Pero Dios tiene a sus fieles aun hoy, en este mismo momento. Ellos aman a Dios fervientemente, y su corazón está siempre dispuesto a obedecerle. Han escogido creer en él y servirle. Por su gracia,

se mantendrán firmes en la verdad, y vindicarán su carácter hasta el último aliento.

¿Ha decidido el lector –sin mirar atrás– a cuál bando pertenecer en esta gran controversia? Si no lo ha hecho todavía, ¿por qué esperar? ¿Por qué no hace su decisión hoy mismo? Y si ya la hizo, este día puede ser uno en el cual usted le da a conocer al mundo y al universo de qué lado está.

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
–los llamados, los escogidos–, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*